

civilizadas y libres imperaba el poder personal que hoy se recomienda como una novedad. Es un viejo conocido de todos los siglos, inseparable de la arbitrariedad, de la corrupción y del atraso.

En ninguna parte es más peligrosa que en nuestro país la denigración sistemática del régimen representativo. En primer término, esa prédica es disolvente y estéril, puesto que no existe la posibilidad de inventar instituciones mejores que substituyan a las existentes y en segundo término los detractores del parlamentarismo argentino no pueden negar con honradez que sus defectos reflejan ante todo, un estado inferior—moral y mental—de la nación. A donde quiera que se vuelvan los ojos, al poder ejecutivo, al poder judicial, a las universidades, a las administraciones autónomas, a los gobiernos de provincia, a las corporaciones comunales, a los partidos políticos o al periodismo, el espectáculo que se observa no es superior al del Congreso. Sin embargo, la crítica no ve más blanco que el Congreso, aunque la ineficacia, la mediocridad o la corrupción sean generales.

Todo gobierno es un índice de un estado social, con independencia de la forma de las instituciones existentes. Bajo la república Inglaterra no sería más libre, ni Abisinia lo sería menos. Alemania antes de la guerra, regida por un emperador con gabinete irresponsable, hacía pensar en la autocracia y tenía sin embargo, la mejor justicia y las mejores universidades del mundo, es decir, dos expresiones indudables de libertad y de cultura. En la Argentina el mal parlamento es correlativo como acabo de decirlo, del mal ejecutivo, de la mala justicia—hay provincias donde toda calificación palidece ante la realidad—de la mala enseñanza, de la mala e impura administración, de los malos partidos, de la mala prensa y de las malas costumbres. Quiere decir que el mal no está en el parlamento, sino en la ausencia de una opinión pública sana, consciente y activa.

Los adversarios del régimen representativo dirán que la observación que formulo los favorece, puesto que si la existencia de una opinión pública consciente y activa es condición esencial para su buen funcionamiento, y esa opinión no existe en la Argentina, urge reemplazar la libertad por la dictadura: sofisma grosero, pues allí donde las imperfecciones sociales no permiten que el régimen representativo funcione bien, el poder personal irresponsable funciona peor.

...La voz del patriotismo, desinteresada y elocuente, debería escuchar

otras solicitaciones. Inculque a los partidos la necesidad de afirmar sus principios, depurar su moral y mejorar sus métodos; exhorte a la prensa a emitir sus juicios con más conciencia de lo que dice; reproche a los egoístas, a los arrivistas y a los cínicos su menosprecio por los deberes ciudadanos; estimule el interés del pueblo por el bien público y así mejorará la práctica del régimen representativo argentino, lentamente, siguiendo el ritmo secular de todos los progresos sociales...

Y al cabo, estas elocuentes palabras del señor Delfín Ignacio Medina, en el artículo *England for ever!*, nos han llegado a lo entrañable del espíritu:

Es que la Inglaterra de la nota de Baldwin es «la otra», la que malogrará el magnífico esfuerzo desplegado en la lucha; la que va en camino de imponer a sus aliados, los principios bárbaros en contra de los cuales se batió con tanto heroísmo y de abandonar a sus compañeras de armas, por sus adversarios de ayer, que no sólo desataron sobre ella la iniquidad de una guerra sin cuartel, sino un vendaval de injurias.

¿Será menester, para impedir este bochornoso extravío, recordarle aquellos días memorables, en que la lealtad de los franceses correspondía a la entereza de los británicos?

¿Habremos de invocar para detenerla en su amenaza de quebrar «la

entente», la fraternidad gloriosa de los ejércitos vencedores?

¿Tendremos que remover el sagrado acervo de la lucha, acrecentado por Francia, en la hermandad del sacrificio, hasta el comando único de Foch?

¿No son suficientes para garantizar su inviolabilidad, los dolores, las heridas, las honras, los laureles y las tumbas comunes que lo constituyen?

¿No es todo esto más respetable que la depreciación eventual de la libra esterlina, el cobro de deudas de sangre, y las manipulaciones de una comandita de banqueros vinculada a Stinnes y su banda internacional? ¿No es así, Rudyard Kipling?

Mantener íntegro ese acervo, polarizar la civilización en la armonía de sus dos fuerzas primordiales, «that is the question».

Los números de Mr. Baldwin, no alcanzarán nunca a cubrir con sus millones los millares de tumbas abiertas en el suelo francés. Los valores éticos no son fungibles y una vez que Inglaterra los tire al mercado, haciendo efectiva su amenaza de desconocer el tratado de Versalles, caerá en la reprobación y descrédito universal.

«To be or not to be» es el problema de su destino. Pero la alternativa shakesperiana, se convierte en un paralelismo materialista muy poco filosófico: cobrar y vender.

Cobrar a sus amigos, vender a sus enemigos; he ahí la síntesis innoble de la actitud británica.

Con profunda amargura comprobamos estos hechos y exponemos las reflexiones que nos sugieren. Quisiéramos saludar a Inglaterra, gritando como en las canchas de foot ball o de rugby: ¡England for ever! ¡For ever! Pero después del «goal»... la tarde perdida. En la historia como en los estadios: torpe o diestra, calculadora o impetuosa, recta o agazapada, entera o medrosa, nación o mercado, imperio o factoría.

¡England for ever! Nos impone el espectáculo portentoso de tu grandeza. Te admiramos dueña del mundo y de su espíritu. Te admiramos por Shakespeare y por Byron; por Milton, por el paraíso que recuperaste y por la epopeya de su conquista; te admiramos a pesar de los espectros de María Estuardo y Carlos I, a pesar de la tragedia sud africana, de tu cruenta *manos infectio* sobre Irlanda, a pesar, muy a pesar de tu aventura corsaria de las Malvinas. Te admiramos sin amarte, Inglaterra, porque la torre de Londres es tu justicia y Gibraltar tu derecho. Te admiramos por tu dominio unánime de los mares, por tu energía viril dispersa en el mundo, por tus entrañas protervas y titánicas, por tus fábricas jadeantes y tus proas

"La Revue Contemporaine"

71 años de existencia

CHARLES RIVET,
DIRECTOR

COMPLETAMENTE RENOVADA, APARECE EN PARÍS, CADA QUINCE DÍAS. LOS ESPÍRITUS MÁS GRANDES del Siglo XIX fueron sus colaboradores; los más altos del XX lo son hoy.

Es la REVISTA CONTEMPORÁNEA por excelencia. Su DIFUSIÓN ES MUNDIAL.

HA CREADO una Redacción Ibero-Americana bajo la dirección de ALEJANDRO SUX.

Si es Vd. un intelectual y se interesa por los problemas internacionales y el movimiento cultural del mundo debe suscribirse a LA REVUE CONTEMPORAINE.

Si es Vd. un intelectual y un patriota y desea que sus ideas y las manifestaciones más nobles de su país sean conocidas por las élites de todos los pueblos, debe colaborar en LA REVUE CONTEMPORAINE.

OFINAS: Rue Reaumur, Nro. 53, París (ame)

Suscripción: 55 francos por año